



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluz (D. Junpéro.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA	
Un mes.....\$ 1,,	Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25	Núm. suelto.....\$ 25

Habana 2 de Junio de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.	
Tres meses.....\$ 3-75	Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,,	Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 22

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Impresiones, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—The Kansas, por Juan Diente.—Cuentos de manigua: El Chavallillo, por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Hiraldez de Acosta.—Entre pájaros, por Juan de Austria.—De noche y de puertas adentro, por Juan Tenazas.—Sartenazos.—Anuncios. CARICATURAS.—Por Don Junpéro.

MENESTRA SEMANAL.



ieron ustedes el juéves la procesion del Córpus?

Y qué tal? Mucho órden, mucho decoro, mucha compostura, mucha devocion y lo demás que es consiguiente en tales casos.

Ni podia ser otra cosa. Aquí todos sabemos lo que nos conviene, y para que una procesion quede bien, como diria el gacetillero del *Diario*, es preciso que todo marche á compás y con el órden más completo.

Las onzas de oro, agradecidas, piensan abrir una suscripcion para levantar un monumento á la paz. Porque, desengañémonos, las onzas son unas señoritas que más que nadie se alegran de que reine la paz.

Estando el pais tranquilo, salen ellas á la calle y retozan, saltan y corren, y se le van á uno metiendo en el bolsillo sin sentir.

Pero la paz es una cosa que cada uno la entiende á su manera.

En Francia, por ejemplo, donde debian desear que se acabaran los fusiles, las balas y la pólvora, y donde debian estar las gentes boca á bajo y sin moverse por algun tiempo, hasta pagar el plico que deben á los prusianos y reponerse de las sufridas desgracias, en vez de hacer eso han determinado que todos los franceses sean soldados desde que nazcan.

Está muy bien; mas para que todo esté en armonía con el carácter guerrero que han de tener los chicos al venir al mundo, propongo una modificación.

Propongo que las delicadas funciones de partera ó comadron las desempeñe un cabo segundo de caballería. Con eso el chiquillo nacerá con arreglo á ordenanza y bajo la entendida direccion de un jefe caracterizado.

Desde el día 1º de mayo en todas las casas de educacion de Francia hay una clase de ejercicio de fusil Chassepot.

Además, los alumnos recibirán lecciones de marcha gimnástica y de maniobras de batallon.

Un amigo muy bromista, que estaba leyendo estas noticias en los periódicos franceses, exclamó de pronto:

—Deben tambien establecer una cátedra para los que se dediquen á la carrera de Emperadores, ó de Generales en Jefe á lo Napoleon III.

—¿Con qué objeto?

—Hombre, para que aprendan á entregarse al enemigo con todas las reglas del arte.

Será gracioso: ahora cuando vuelva un chico de la escuela á su casa y le pregunte la madre:

—¿Te has portado bien? ¿Has sabido las lecciones?

—Muy bien, mamá: soy el más aventajado de la clase; ya le he pegado un tiro á la mujer del maestro, contestará muy naturalmente el guerrero de infantil edad.

Vea usted lo que son las cosas.... En una fiesta campestre celebrada hace pocos dias para ensayar un aparato agrícola de mucha importancia, ó hablar de la creacion de una escuela de agricultura, y de ceder fondos con tal objeto, y yo me regocijé hasta las entretelas del corazon pensando que los proyectos de esta clase fundan el bienestar, la riqueza, la paz, el progreso.... ¡Seré ignorante!

Lo que conviene es abrir escuelas de fusil de aguja y de puñaladas al aire.

¡Olé!

Vamos á cuentas.

He visto en estos dias artículos en los periódicos sobre un asunto importante y de actualidad: como que se refiere á lo que hoy por hoy nos causa más penas.

A JUAN PALOMO le han dirigido muchas cartas, y no pocas peticiones verbales, para que se ocupe de la cuestion.

Me ocupo, pues, y complazco á los que lo desean y á mí mismo, que ansío ocasiones de ser útil al pais.

Los billetes de la lotería se pagan mitad en oro y mitad en papel: el abono de los premios se hace en igual proporcion: los sobrantes de esta renta ingresan del mismo modo en las cajas del Estado.

Siguiendo este sistema, la administracion de loterías se coloca en condiciones diferentes á todas las demás dependencias del Gobierno, que hacen sus pagos y cobros en billetes de Banco.

¿Por qué?

Venga una respuesta satisfactoria, que se tomará sin prima.

Cada veinte dias ingresa por este concepto en el Tesoro una regular cantidad de miles de pesos en amarillentas peluconas.

¿Reporta beneficio al Estado?

Nequaquam.

Prueba al canto: con números, con datos auténticos, matemáticamente se demuestra que si se hiciese el cobro de billetes en papel, podrian colocarse, se colocarían indudablemente, lo ménos, dos mil billetes más de los que hoy se expenden.

¡Mucho ojo! que la cifra no es insignificante! Pues bien: el producto de esos dos mil billetes es mucho mayor que el que puede dar la cantidad que ingresa en oro, aunque este haya de comprarse pagándolo al precio á que se cotice en la plaza.

¿Comprende usted la operacion, señor administrador general de Loterías? La cosa no puede estar más clara, ni aún poniéndole agua.

Segunda ventaja que reportaría esta innovacion: que podrian ser atendidos todos los pedidos de billetes que se hacen á la administracion y que hoy quedan sin servir por no haber suficiente número.

Resultado: el Tesoro aumentaría su renta; esta daría para la compra del oro en mayor cantidad que la que hoy ingresa por ese concepto; no se retiraría de las transacciones comerciales esa masa de oro; los expendedores quedarían complacidos; el público satisfecho, y *tuti contenti*.

La *Revolucion* viene esta semana con pujos de periódico humorístico. ¡Remonona!

Dice que en Inglaterra se ha publicado el anuncio siguiente: "Viajes de placer por España. Por 25 libras esterlinas, comprendidos todos los gastos. La compañía Olopuff hará recorrer á los viajeros todas las líneas férreas de España, garantizándoles, por lo ménos, *dos robos*."

¡Bravísimo! Pero aún ha podido tener más gracia el sueltcito de *La Revolucion*.

Le bastaba añadir: "Para que los viajeros tengan la completa seguridad de que no ha de faltarles el espectáculo de los robos y algun incendio, se advierte que la empresa llevará á la Península una partida de amigos de *La Revolucion* y de secuaces de su causa."

Le bastaba añadir: "Para que los viajeros tengan la completa seguridad de que no ha de faltarles el espectáculo de los robos y algun incendio, se advierte que la empresa llevará á la Península una partida de amigos de *La Revolucion* y de secuaces de su causa."

Ahí tienen ustedes los pinitos que en el género epigramático ha hecho *La Revolucion*.

Sin embargo, á los laborantes no les ha complacido el primer ensayo y ayer tarde le preguntaba uno á cierto pájaro de cuenta:

—Dime, cómo haríamos para que *La Revolucion* se convierta en periódico festivo?

—Muy fácilmente; publicándolo en día de fiesta.

JUAN PALOMO.

IMPRESIONES.

Ocho dias hará mañana que, por mi desgracia, vine á esta capital, buscando, cual otro Paturót, una posicion social acorde con mis aficiones, y durante ellos no he cesado de llorar á moco tendido; cuanto me rodea me afije; lo que he sabido me lastima; lo que sospeché me desespera.

Ha faltado poco para que pillara un tabardillo, y ménos para que me pillara bajo sus ruedas un maldito coche.

Bien empleado me está. "Yo tranquilo en paz vivía," feliz hasta cierto punto, en un rincón de esta Isla, sin más jaquecas que las que me proporciona mi señora en uso de su legítimo derecho, y sin que nadie me diera qué sentir en mi filosófico retiro, y por meterme á *farolero* vine á la Habana, donde tanto echo ahora de ménos la cargante quietud de mi escondrijo.

Trájome desde Cardenas el vapor *Comanditario*, de histórico recuerdo, á los almacenes de depósito de Santa Catalina, como si mis compañeros y yo fuéramos estuches de azúcar; como si viviéramos repletos del dulce fruto número 12, tipo holandés. No pudo ménos de afligirme el poco miramiento con que trata la Empresa ó el empresario á los caballeros particulares que se embarcan en Cardenas con la esperanza de desembarcar en la Habana, y al abrir los ojos de mañanita se hallan por término de su viaje en los suburbios de un mal poblachón. Como era el caso, lamenté el extravío de la Empresa, que así disgusta á los que la ayudan á vivir. Algunos había allí que vomitaban sapos y culebras contra dueños y empleados del buque, y se encolerizaban de veras; supe la causa y les dí la razón: habían cenado á bordo, y por comer un par de huevos tuvieron que pagar el importe de dos docenas cuando están caros.

Atravésé la bahía en el vapor *Reglano*, mediante quince centavos de contribucion; verdad que mis compañeros sólo abonaron diez, pero el cobrador, adivinando mi procedencia rural por mi facha de paletó me exigió cinco centavos de sobre-precio, que yo me apresuré á abonar, regalándole de contra un gracioso saludo que aprendí en la feria de Guarabacuya.

Los excesos del perspicaz empleado justificados estaban por mi inexperto porte, al que daba cierto carácter típico mi gran jipijapa de quince libras de peso, sin claros ni precintas.

Llegué á un hotel, y queriendo echar plantas de hombre ilustrado, para hacerme respetar, pedí el periódico ántes que el almuerzo; así es que me cogió en ayunas la triste noticia de haber salido Sagasta del ministerio.

Lo leía y no podía creerlo; y no porque sea cosa nueva entre nosotros eso de estrenar ministros cada semana, sino porque D. Práxedes acababa de hacer unas elecciones que debían eternizarle en el poder.

¡Cuidado que el Sr. Sagasta se pinta sólo para redactar circulares selerosas á los gobernadores de provincia! Pues todavía es mayor su garbo para entenderse con las oposiciones en los belenes electorales.

Y después de haber derrotado la tremenda coalición, después de haber dado participacion en el manejo de la cosa pública á Romero Robledo y á Zabala, después de haber ido á las greñas con su antiguo partido, arrojando en su seno la manzana de la discordia, más perjudicial al género humano que la del Paraíso, y después de haber descubierto la *utopia filosófica del crimen*, de la cual nadie tenía la menor noticia, le han hecho bajar de la poltrona por medio de una zancadilla ministerial que le tendió de espaldas, descomponiéndole el *tupé*.

Y sirva usted á la patria con talento y energía; ríña usted con sus amigos, conquístese enemistades y espóngase á morir á fuerza de desayunos, para que pongan á usted de patitas en la calle cuando suene la hora de recoger el premio de tantos sacrificios.

En vano los innovadores de última moda se afanan por inculcar nuevas doctrinas, para consumir una revolucion social que nos vuelva al revés; quieren llevarnos á empujones á la conquista de un porvenir brillante con la luz del petróleo; pero nosotros, fingiendo que nos dejamos querer por unos cuantos meses, vuelve nos por nuestros pasos contados al punto de partida.

Yo me alegro, y no por mí, que no soy egoísta, sino porque comprendo el purísimo regocijo con que los partidarios de lo que se fue juzgan por la marcha de los acontecimientos que está cercano el día de verlo de venir.

¿Y el país?

Vámonos á ver; ¿qué pito toca el país en esta fiesta?

Porque es indudable que esas mutaciones, transformaciones y mistificaciones sólo obedecen al noble deseo de sanar á la Patria y hacerla dichosa hasta que reviente de contento. En eso todos convenimos, y la Patria, abrumada bajo el peso de tanta felicidad como diariamente le proporcionan los partidos políticos, está la pobre que no puede alzar la cabeza.

Por un lado el carlismo se presenta blandiendo el *sable de papá*, al grito conmovedor de *Papa y Pa-*

cuniam; por otro, los progresistas se ensayan para cantar otra vez el himno de Riego; más allá el moderantismo puja por traer á la señora de sus pensamientos, que ha continuado en el destierro su serie de lamentables equivocaciones; al paño se presentan los republicanos, con la idea de cobrar el barato; y sobre todos los partidos, se ostenta pujante y valerosa la Union liberal, que ya tiene un cañón, y que no cesa de gritar: "yo soy Barba-azul, *chipe*."

Y no hay más; la Patria, en vista de tanta gente como por su bien se desvela, tiene que ser dichosa á pesar suyo.

Tales fueron las ideas que me asaltaron en la fonda de la Habana ántes de almorzar; buscando distraccion, acudí á ver el *Tío Caniyitas*, zarzuela eminentemente moral y civilizadora, que la Empresa de Tacon ofrecía al culto público de la Habana, entre el que yo me deslicé de *polison*, anhelando edificarme con el espectáculo que iba á presenciarse.

Pero en el teatro siguieron importunándome mis cavilaciones. Por un fenómeno muy común en los espíritus tan visionarios como el mio, me figuraba ver en *Catana* la nacion, que todos le hacen mimos para sacar partido de sus debilidades; creí ver á Castelar en *Repamplillao*, á Montpensier en el *Mistón*, el teatro convertido en Congreso y yo en diputado que con mis colegas aplaudía á rabiarse al que mejor nos daba por la vena del gusto. En *Caniyitas* veía á... ¿Lo digo? No; ustedes harán la comparacion, y buen provecho.

En fin, para aliviar mis penas, no tuve más remedio que desahogar mis impresiones en este artículo que te consagro, ¡oh lector benigno!

JUAN PEREZ.

FURTURAS.

El miércoles pasado fué cierto individuo á ver una casa en el vecino pueblo de Mariano, con intencion de tomarla en alquiler, si le convenía.

Le acompañaba el dueño de la finca, que tenía grandísimos deseos de alquilarla.

—Hombre, me parece que la sala tiene poca luz.

—No lo crea V., replicaba el casero, á las doce del día y con todas las ventanas abiertas tiene una claridad admirable.

—La cocina está sucia.

—Sucia no está, pero sin embargo, la limpiaremos, decía el otro queriendo allanar todas las dificultades.

—El comedor es malo.

—Cál á todos los que han vivido aquí se les ha abierto un apetito descomunal.

—Aquí está lo peor: la habitacion esta es muy chica; apenas tiene tres varas en cuadro!

—No lo crea V.; la habitacion no es pequeña; no señor: lo que tiene es que al fabricarla pusieron las cuatro paredes muy juntas.

En uno de los números anteriores, y en esta misma seccion de JUAN PALOMO, di una reseña citando los nombres de los individuos que forman el actual Congreso español.

También los de los señores senadores ofrecen ciertas particularidades que voy á tener el honor de apuntar aquí.

En el Senado sólo hay un *Hombre*; pero en cambio están la *Trinidad*, *Santa Cruz*, *Santa María* y *San Millán*, lo cual hace que parezca una sucursal del cielo la Cámara alta.

Han sido nombrados también un *Caballero* con su *Escudero* correspondiente; y de oficio conocido, un *Cantero*, dos *Herreros* y un *Tabernero*. En representación del reino zoológico un *Aguila* y dos *Leones*. Ignoro la naturaleza de los nuevos senadores: sólo sé que hay un *Gallego*.

Respecto á las cualidades morales de los mismos, hay uno *Bueno*, otro *Grande*, otro *Leal*, uno *Franco* y otro *Alegre*. De sus dotes físicas diremos que uno es *Cano* y otro *Garrido*.

Omito decir á ustedes que no faltan las *Casas*, los *Ríos*, las *Rosas* y las *Fuentes*: que hay una *Vega*, una *Cuesta*, una *Palma* y una *Olivea*.

Y no digo más en gracia de la brevedad.

El otro día oí el siguiente diálogo:

—¿Qué te parece X?

—¡Uf! sabe mucho... es un hombre que siente crecer la yerba.

—Pero es tan reservado, que se traga todo lo que siente.

—¿Está usted viendo si le ha tocado la lotería, D. Pancho?

—Sí, señor; me ha tocado, tengo esa satisfacción.

—¿Mucho?

—Nó, señor; veinticinco pesos en el núm. 1001.

—Sea enhorabuena.

—Muchas gracias; poco es, á la verdad, el premio; pero más vale algo que nada. Hace veinte años que en todas las loterías juego ese número, y esta es la primera vez que ha salido...

—Pues no deja V. de tener suerte!... ¿Veinte años jugando para sacar veinticinco pesos? ¿Cuánto habrá V. gastado?...

—Pasará de mil pesos; pero, en fin, á lo ménos ha salido ya el número 1001. Son veinticinco duros ménos perdidos.

—Hasta mil que ha gastado V., no vá mucho que se diga. ¿Y qué vá V. á hacer con el premio?... ¿Llevará V. un regalito á su mujer y otro á su niña?

—Por supuesto; voy á tomar medio billete de la lotería próxima, y á mi esposa y á la niña les regalaré un vigésimo.

—Bien hecho. Reciba V. mi enhorabuena, y hasta otro rato.

—Adios, amigo (¡Qué envidia le dá á ese mi premio de la lotería!...!)

Hace muchos días que estoy tratando de imitar el estilo de un periódico honesto que se publica en esta ciudad, y por más que hago no puedo conseguirlo.

Es un estilo tan elevado, que no llegó á él ni con una escalera de mano.

Probemos.

"El sol es inmutable.

La luna es inmutable.

La tierra es inmutable.

El ama de huéspedes es inmutable, sobre todo si le pagan corriente.

El lucero del alba es inmutable.

El *bombo* es inmutable...."

Me deslizo....

Ya ven ustedes como me escuro con alguna tontería.

Desengañémonos; siempre digo tonterías, aunque me limite á copiar ciertos párrafos del periódico que quiero tomar por modelo.

En la plana de anuncios de un periódico de la Habana se ha entablado una verdadera lucha, un pugilato entre dos individuos que quieren acreditar sus mercancías.

El uno encabeza sus anuncios: *A los mortales*, con lo cual dicho está que no habrá duda de á quién van dirigidos.

Tanto es así, que hasta alcanza el anuncio á mi perro, al gato de mi vecina y al loro del bodeguero. Mortales son con todas las reglas del arte.

El otro prójimo asegura que ese anuncio *A los mortales* es una farsa, y que lo que él vende es mejor.

La cuestion versa sobre unos bragueros.

Yo creo que con esa polémica van á hacerse ricos ambos contendientes; pues con sus dimes y direses dejan *partido* al respetable público, y ya vé usted, siendo su oficio reparar las quebraduras....

Señores, ménos disputas y más bragueros.

Una escena de sábado.

—Señorito, ahí está el sastre.

—No tengo nada que encargarle.

—Es que viene á cobrar.

—No tengo tiempo de recibirle.... Dile que estoy haciendo los preparativos para ir á Madruga.

El criado se vá y vuelve.

—El sastre desearía que le diera V. algo á cuenta.

—Bien... dale una levita de las viejas para que la componga.....

JUAN DE JUANES.

THE KANSAS.

—Sí, señor, me canso.

—Crees, sin duda, que yo te pregunto si te *cansas*?

—Justamente.

—Pues, no señor; el título de este artículo es el nombre de un vapor americano, que acaba de hacerse célebre, por obra y gracia del *Herald*.

El *Herald* es un periódico célebre por las tonterías que dice.

Todo son celebridades.

El *Kansas* llegó al puerto de Colon y dijo: "Aquí estoy yo."

—Viva el rumbo! exclamó el *Herald*.

Primera prueba de valor indomable que dió el *Kansas*.

El vaporcito que *se cansa* tenía la mision de escoltar al *Virginia*, es decir, de llevarlo preso, para ser juzgado por el libasterismo en los Estados Unidos.

Esto corre parejas con la segunda prueba de valor indomable dada por el *Kansas*, para el uso particular del *Herald*. Salió de Colon el *Virginia* y detrás el *Kansas*, más serio que un perro dogo.

En el botalon de proa se le conocía que era uno de los barcos más valientes que se han visto; por lo ménos que haya visto el *Herald*.

Anda que andarás, las máquinas se movían y los vapores arrojaban los mares con la misma facilidad que quien se bebe un vaso de agua.

No de agua, de coñac los iban trasegando los tripulantes. Era de noche, y sin embargo, le dolía la barriga al comandante del *Kansas*.

—Mi caballo! mi caballo! que soy un valiente! gritaba el susodicho comandante, como el general Bum de *La Gran Duquesa*.

El director del *Herald* dormía entre tanto á pierna suelta, soñando en que veía un héroe; pero un héroe de tamaño natural, legítimo y sin mezcla de algodón.

El comandante del *Kansas* reúne estas condiciones. Hay sueños que parecen realidades, aunque me esté mal el decirlo.

—Mi caballo! mi caballo! decía el comandante del *Kansas* cada vez que se le presentaba el dolor de barriga.

Era de noche, sin embargo de ser un valiente el comandante del vapor *Kansas*.

No había luna, á pesar de ser inmutable, como asegura un periódico de esta ciudad.

La noche era oscura, sin embargo de tener tanta chispa el *Herald*.

No era posible ver á tres sobre un burro, por la sencilla razón de que por el mar y á aquella hora no pasaba ningun burro llevando tres personas encima.

Y por otra razón además; porque era la noche muy oscura. Me parece que ya lo dije ántes.

Noche oscura, vapor filibustero, y teniendo por amigo al *Herald*... gran ocasión para exhibirse un valiente.

—Mi caballo! mi caballo! que viene el enemigo! Y no hubo remedio, el *Kansas* hizo zafarrancho de combate.

¡Ah, valiente! Nadie lo vió; como que era la noche muy oscura.—Me parece que dije ántes que ya era muy oscura la noche.

Además, se hizo muy reservadamente, para evitar molestias á los transeúntes.

No había enemigo á quien combatir; pero eso no era cuenta del comandante del buque americano, ¿por qué no se presentó el enemigo?

Eso digo yo, ¿por qué? Aquella noche no hubo allí una batalla como la de Trafalgar, porque no la hubo, vamos al decir.

El comandante del *Kansas* estaba preparado para todo y se portó como un héroe. Sí, señor, un héroe que no llegó á ejercer, pero ¿qué culpa tiene él de que no se le presentara ocasión?

Eso mismo digo yo, ¿qué culpa tiene él? Llegó el *Kansas* á Nueva York sano y salvo ¿será valiente! y el *Herald* entonó un himno al arrojo, á la pericia, al denuedo, al valor, al heroísmo, al empuje y otros comestibles del indomable jefe del susodicho vapor.

Bien hecho! para eso está la prensa, para dar á conocer las grandes acciones.

Además de eso, el *Herald* ha probado matemáticamente que los españoles hemos sido derrotados por el *Kansas*; que toda la escuadra española no vale nada para el tal vaporcito, y que nuestra marina le huye.

Vea usted lo que son las cosas! toda esa derrota nuestra ha sido tan sólo porque en una noche oscura, en punto solitario y con mucha reserva, se hizo zafarrancho de combate á bordo del *Kansas*....

Usted entiende esto, caballero lector. —No entiendo ni jota; y usted? —Yo tampoco, porque no he estudiado náutica.

Sin embargo, no le negaré yo al comandante del *Kansas* el título de héroe que le ha alquilado el *Herald*. ¿Qué le he de negar! Al contrario, tengo el honor de proponer al gobierno de los Estados Unidos que lo nombre Archipámpano de Caballería de Marina.

¿Se aprueba? JUAN DIENTE.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO QUINTO.

EL CHAVAILLO.

XIV.

Poca variedad, y sobre todo, pocos encantos encuentra el viajero que pone el pié en el suelo de Nuevitas; su caserío, asomado al mar, parece un peloton de ostras pegadas á una una roca; media hora es más que suficiente tiempo para recorrer sus calles y convencerse de lo que su interior puede ofrecer. Así, no tardaron mucho Pedro Contreras y su sobrino en volver al mismo sitio de donde habían salido, y miráronse uno á otro como para manifestar su asombro ó su desencanto; se entendieron perfectamente, y los dos dejaron escaparse una especie de suspiro, que cruzó el mar y fué á per-

derse entre las calles de Cádiz, de aquella ciudad sin rival por su belleza exterior, belleza de que tanto se enorgullecen sus hijos.

Un momento después puso Contreras el pié en el umbral de la fonda, decidido sin duda á entrar; pero su sobrino le detuvo por el brazo, diciéndole:

—¿Adónde vas, tío?

—A buscar la cama, que á gritos me la pide el cuerpo.

—¿Estás loco?

—El loco eres tú, Frasquito. ¿Qué adelantamos con estar dando vueltas y vueltas por este pueblo, que cabe en la Plaza de San Antonio de Cádiz? Ya nada hay que ver aquí.

—Si quieres dormir, te abandono y me voy sólo.

—Pero ¿adónde vas, criatura?

—A cualquier parte que no sea fonda.

—¿Te propones, por ventura, dar conmigo en tierra para que mañana, cuando entremos en fatigas, ya no tengamos cuerpo que nos sostenga?

—No seas flojo, tío; cuando empezamos nuestro paseo, ví un café, y aunque por su aspecto no me pareció que había en él nada confortable, como no sea el aguardiente de caña de este país, que abrasa los hígados, á lo ménos allí irá la gente.

—Ya!

—Me alegro que me comprendas.

—Pues vamos, sobrino, y Dios te perdone este jaleo, que me vá á poner el cuerpo más suave que un guante.

—Así nos iremos acostumbrando á los trabajos que nos esperan.

—Ahora sí que digo, mi querido Frasquito, que hemos perdido el poco *pesquis* que nos quedaba.

Y el tío y el sobrino se dirigieron al café, que era un café de la altura del pueblo donde se hallaba establecido.

Todas las mesas estaban ocupadas por oficiales de los cuerpos de operaciones en aquel punto; la animación y la alegría naturales de la juventud reinaban en las conversaciones, siendo el objeto principal de estas la guerra, que á toda la Isla preocupaba con sobrado fundamento.

Frasquito Contreras y su tío miraron á derecha é izquierda en aquel reducido local, y no habiendo ninguna mesa disponible, pensaban en retirarse, cuando lo notaron que todos los ojos estaban fijos en ellos, y que una sonrisa irónica se dibujaba en todos los lábios, no faltando algunos concurrentes que los señalaban con los dedos. El más jóven de los dos flamantes voluntarios frunció las cejas con disgusto y dijo á su compañero:

—Vámonos de aquí pronto, tío, porque estos señoritos se permiten hacernos burla, como si fuéramos unos monotes, y no respondo de los arranques de mi genio.

—Muchacho, le observó Contreras en voz baja, no olvides que vistes el uniforme militar, y que esos caballeros son oficiales; todavía no conoces los rigores de la Ordenanza, que es una señora muy tiesa y muy tirana; la menor falta de subordinación se castiga con un rípepe de cuatro onzas de plomo.

—Y ¿por qué se rien de nosotros?

—Porque son dueños de su voluntad.

—Y yo, ¿no soy dueño de protestar? preguntó Frasquito con aires de mal humor.

—Dios te libre, hijo mío!

—Por vida de....!

—Bien te lo decía yo; el servicio militar no es cosa de juego, y pronto ha de pesarte....

—Nó, interrumpió el mozo riéndose; estoy listo para todo. En aquel momento, varios oficiales del batallón de voluntarios andaluces, que ocupaban una mesa de la derecha, se reían estrepitosamente de Contreras y su sobrino.

—Vaya un soldado inverosímil! exclamó uno.

—Es un pipiolo! dijo otro.

—Y el compañero es un *coscon* de á folio, agregó un tercero.

—Oye, *Chavalillo!* gritó un capitán buen mozo y decididamente á Frasquito; ¿cuántos días hace que saliste de la escuela?

—Habla usted conmigo, preguntó el jóven con el mayor desenfado, adelantándose hacia la mesa donde estaba el capitán.

—Sí, hijo; ¿quién te ha engañado?

—¿A mí?... Nadie, contestó Frasquito con tono resuelto. El único que podía engañarme era mi corazón, y ese viene decidido á dar mucho que hacer á los mambises ántes de que me arañen siquiera el pellejo.

—¡Hola, hola! exclamaron todos.

—¿Vienes á hacer la campaña?

—Por supuesto; y no ha de ser Frasquito Contreras el que, cuando empiece una función de pólvora, se encuentre nunca á retaguardia.

—¿De veras?

—¡Lo probaremos en la manigua!

—Cuidado con los nervios, *Chaval!*

—Digo á usted, caballero oficial, lo que el *Trovador*:

“Al campo, don Nuño, voy donde probaros espero....”

—Me gusta el *Chavalillo!* dijo el capitán.

—Y tu papá abuelo viene también á tomar el fresco en la manigua?

—Mi tío, repuso el jóven, está ya curtido, pues hizo la guerra de los siete años.

—Nos lleva esa ventaja, observó un alférez muy jóven; mucha nieve ha caído sobre su cabeza!

—Y mucho plomo sobre este cuerpo, mi alférez! murmuró Pedro con entereza.

—¿Cuánto tiempo hace que llegásteis de España? preguntó el abanderado del batallón.

—Pocas horas; todavía no hemos recibido el bautismo de sangre en este suelo, dijo Frasquito Contreras.

—No se hará esperar mucho tiempo, repuso otro teniente, que llevaba el brazo derecho en cabestrillo; á las veinte horas de poner los piés en la manigua, ya me había yo tragado una almindra que me inutilizó el brazo. Aquí hay confites para todo el mundo, y confites encantados, pues nunca se vé el cartucho de donde salen.

—¿No tienes miedo?

—Cuando empiecen á batir el cobre, veremos quién se queda atrás, contestó Frasquito con arrogancia.

—¿A qué batallón perteneces, *Chavalillo!*

—Al de mi provincia.

—Tu acento es andaluz.

—Claro está; hemos venido expresamente á Nuevitas á buscarlo.

—¿Bien por la tierra de María Santísima! gritaron los oficiales entusiasmados, estrechando las manos de Pedro Contreras y de su sobrino.

—Con que vamos á pelear juntos? preguntó el capitán buen mozo.

—¡Cabales! ¡Los hijos de Cádiz dejaremos siempre bien puesto el pabellón!

—¿Están ustedes alistados ya?

—El uniforme que vestimos lo declara; hace horas que tenemos el honor de pertenecer, como voluntarios, al batallón de andaluces. ¡Cada cual con su cada cual!.... ¡A la órden de usted, mi capitán! añadió Frasquito, criándose como un recluta.

Y girando sobre los talones, hizo un cuarto de conversión para tomar la puerta, recibiendo un aplauso de los oficiales, que al verlo salir dijeron:

—Nos disputaremos al *Chavalillo!* vendrá á ingresar en nuestra compañía.

—¿Y al *Coscon!* ¿quién lo quiere?

—Te lo regalamos, compañero.

—El voluntario jóven parece una dama.

—¡Oh! sus piés y sus manos delicados y sus cútis de seda anuncian una persona bien nacida y bien cuidada.

—Es preciso averiguar la procedencia de ese mozo, repuso el abanderado; debe haber algun misterio en la aparición aquí de ese *Chavalillo!*, como le ha llamado propiamente nuestro capitán.

Pedro Contreras y su sobrino abandonaron el café y se dirigían á la fonda cuando oyeron voces en una calleja que daba á la plaza; movidos por curiosidad, buscaron con los ojos el sitio de donde partían los gritos, y vieron, al resplandor de un farolillo que medio alumbraba la calle, á un jóven militar que se defendía con valor contra tres soldados de marina que le tenían acorralado, poniendo en gran riesgo su existencia.

—¿Qué es eso? exclamó Frasquito.

—¡Demonio! exclamó Pedro Contreras, desvainando la bayoneta y lanzándose sobre los agresores, ¡Tres contra uno es una alevosía!

—Tres para tres! dijo el mozo sacando á su vez el arma que llevaba en el cinturón; ¡partida igual!

La lucha hubiera sido reñida, pero los de marina, comprendiendo las consecuencias de aquella pelea, retrocedieron, y mirando uno de ellos á Frasquito, cara á cara, exclamó:

—Vaya un refuerzo! Ya te encontraremos en otro sitio más conveniente, cabo Guillen, y nos pagará la felonía!

—El cabo Guillen! murmuró Frasquito mirando al jóven militar, á quien con su presencia acababan de salvar la vida.

—Nos veremos! contestó el llamado Guillen, en son de amenaza y envainando la bayoneta.

Y dirigiéndose á Pedro Contreras, le presentó la mano, diciendo:

—Gracias, compañeros, por el auxilio que me habeis prestado; si tardais un momento en llegar, me despachan esos prójimos, que hace días me siguen la pista para vengar un desaire que uno de los tres recibí, y del que no tengo por cierto la culpa.

—También nosotros celebramos haber llegado á tiempo, y bien sabe Dios que nos habiéramos alegrado haber podido estenar nuestras armas en el cuerpo de algun mambí, por que pelear con hermanos no me parece conveniente, dijo Pedro con tono sentencioso.

—Yo no provoqué el lance.

—Ya lo comprendo.

—Gracias también, jóven, añadió el cabo acercándose á Frasquito y tendiéndole la mano.

Los rayos del farolillo herían de lleno el rostro del mozo, que sin duda por un efecto de la luz del petróleo, estaba muy pálido.

Al tocar su mano, los ojos del cabo Guillen se dilataron y lanzó un grito penetrante.

Aquel grito era....

(*Continuá.*)

JUAN SIN-TIERRA.

MEDALLA DE ORO REGALADA AL SEÑOR BRU.



ANVERSO.



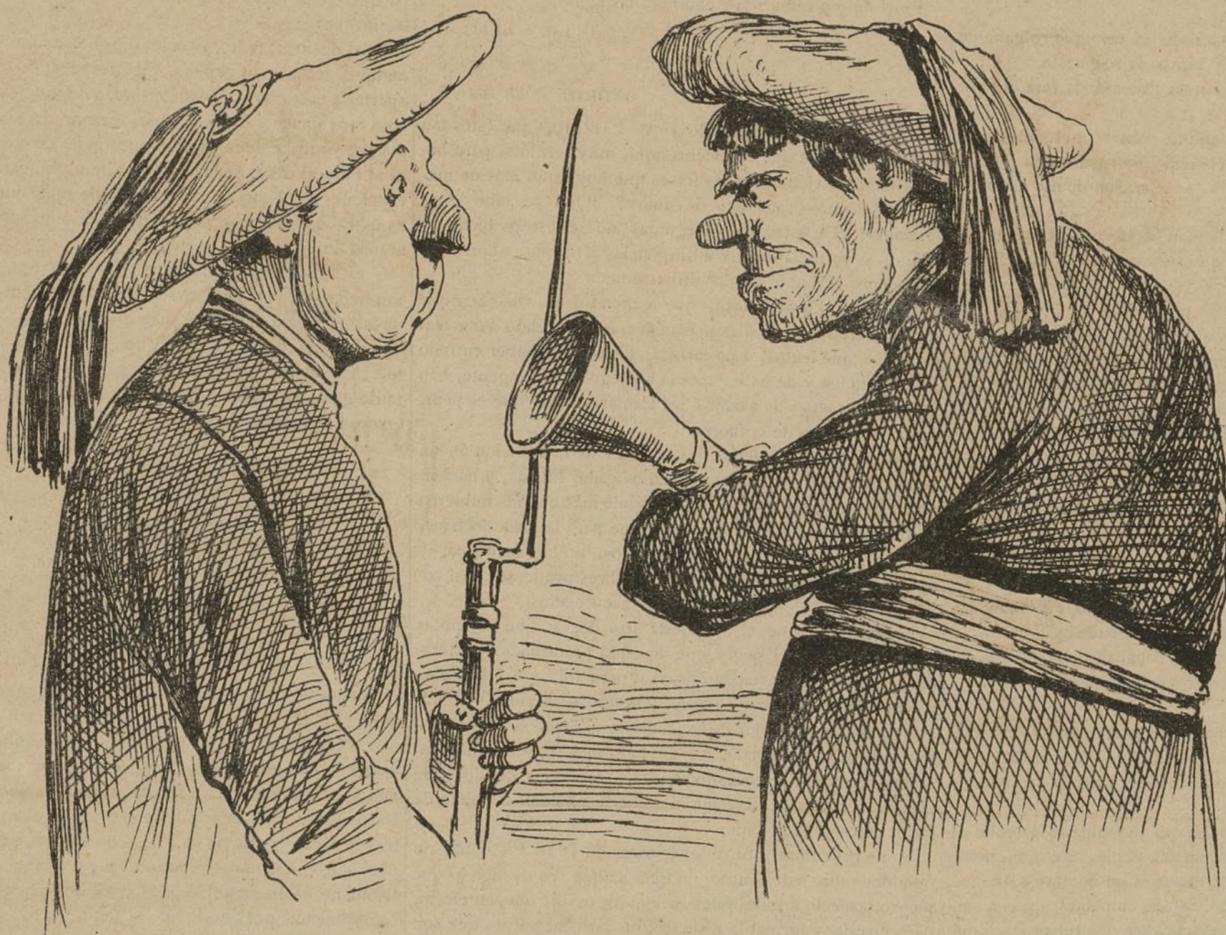
REVERSO.



LA CUESTION DEL ALABAMA O EL CUENTO DE LOS DOS GALLEGOS.

LOS E. U.—Juan ¿duermes?
INGLAT.—¿Por qué lo preguntas?
E. U.—Dame los millones del Alabama.
INGLAT.—Has cuenta que *duermo*.

CONVERSACIONES CARLISTAS.



--Ya sabe usted que nuestro grito es ¡abajo el extranjero!—Pero, padre capellan, si dicen que nuestro rey *Carlos Siete* es nacido en Austria y criado en Austria y su familia es de Francia y él no ha visto de España más que un alcornoque de los Pirineos.....—Eso no le importa á usted, Sr. sacristan.—Pero, ¿podremos convencer á los demás españoles?—Para eso llevo aquí mi trabuco y ¡viva la religion!



Litografía Mercantil é Imprenta, O'Reilly 27.

—Hombre, lo que más me gusta de la insurreccion de ustedes, señores carlistas, es el patriotismo que respira. Siempre escojen ustedes para levantarse los momentos en que la Nacion se halla envuelta en alguna cuestion de honra nacional, como sucedió cuando la guerra de Africa y ahora con la insurreccion de Cuba.—Amigo, nosotros decimos como Luis XIV: "*la nacion es el Rey*."

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 23 DE MAYO.

Figúrense ustedes á dónde vamos á parar!
El *Tribune* ha hecho un descubrimiento que nos tiene á todos hablando solos.
Hasta aquí todo el mundo se preguntaba:
—Pero, señor, ¿por qué será que en Nueva-York se vive caro y mal?
Pero nadie contestaba, porque nadie atinaba en la causa.
Ahora ya lo sabemos.
El *Tribune* es el que ha levantado el velo que colgaba de esos dos puntos interrogantes y tapaba la respuesta.
¿Saben ustedes por qué nos cuesta un ojo de la cara el vivir mal en Nueva-York?

Porque nadie se ocupa más que de robarse mutuamente.
Ahora resulta que mientras el municipio robaba á la ciudad, los ciudadanos de Nueva-York se resarcían de ese daño robándose unos á otros.

La municipalidad apretaba la mano á los contribuyentes, y estos apretaban la mano á los que se ponían al alcance de sus dedos.

De este modo todos vivíamos en un puño.
Los productores recargaban el precio de sus artefactos.
Los compradores, si eran propietarios, se excusaban de la carestía de los artículos para subir sus alquileres.
Los inquilinos, si eran tenderos, hacían pagar el alquiler á sus parroquianos, si eran comerciantes, á sus comitentes, si eran médicos, á sus enfermos, si eran abogados, á sus clientes, *et sic de ceteris*.

De esta manera se iban encadenando los robos y desencadenando los vicios y la inmoralidad.

Naturalmente, la fuente de toda esa corrupción era el municipio.

Las venas más remotas de la ciudad estaban inficionadas por la sangrocaferma que el corazón les enviaba.

Pero todo el mundo sabía que lo robaban, y se dejaba equilibrar con la esperanza de hacer lo propio á su turno.

Hasta aquí todo iba bien.

Ese sistema de latrocinio mutuo en grande escala, que casi casi justificaba el axioma comunista de que "la propiedad es un robo," lo había sancionado el uso de tal modo, que nadie pensaba en quejarse.

Pero una mañana el *Tribune* ha descubierto un robo de doble filo, ó sea un robo por partida doble, y eso sí que no se puede tolerar, porque es mucho para un hombre sólo.

Lo que constituye el delito de los culpables que la sorprendió el *Tribune*, no es precisamente que roban, sino que roben más de la cuenta, que roben el doble de lo que el uso sanciona, que roben al compás de un tiempo que podríamos llamar "dos por uno."

Este descubrimiento se debe á la revelación hecha por el *Tribune* de que los carniceros daban gato por liebre, es decir, carne mala y enferma por carne buena y salubre, y de que los lecheros adulteraban la leche de un modo escandaloso, hasta el punto de dar mitad leche y mitad agua.

Esas revelaciones han ocasionado algunas explicaciones por una y otra parte, y de todo se ha sacado en limpio que los que más defraudan á sus amos y al público son los dependientes encargados de repartir leche, carbon y hielo por las casas.

El método operando de esos cacos es el siguiente:

Los expendedores de leche dan todas las mañanas á cada uno de sus empleados, digamos tres tinas de 40 galones, que en carretones construídos *ad hoc* llevan los repartidores para servir á los parroquianos á domicilio.

Seguramente dichos repartidores deben tener escrúpulos de conciencia en servir leche que no es cristiana, y así, después que han repartido sus veinte ó veinticinco galones, bautizan la leche en nombre del Padre, del Hijo y del espíritu... de hacer dinero, y se embolsan el que les produce la sacalina, que no baja de dos á tres duros diarios.

La manera de servir de los carboneros es más negra que la de los lecheros, y así debe ser para que esté en consonancia con su oficio.

Encarga una familia una tonelada de carbon al propietario del almacén.

Carga este el carro, se toma el cuidado de pesarlo y de ver que está completa la medida, y envía al carretero á llevar el carbon al parroquiano.

Suelen esos carreteros tener en gran estima la caridad, y como la caridad bien ordenada principia en casa, ellos se van á su casa en derechura antes de ir á la del parroquiano, y allí descargan unos cuantos cubos de carbon, cuya falta no llega nunca á notar el interesado pagano.

Los repartidores de hielo roban con la mayor frescura, como es de suponerse, atezado el artículo en que trafican.

El hielo se vende al peso, y acostumbra algunas familias estar abonadas por un número de libras diarias.

Las empresas confían á cada repartidor un carro con cierta cantidad de hielo, y los repartidores, con un desparramo inaudito, birlan á los abonados unas cuantas libras que hurtan en el peso, venden el sobrante á los que no están abonados y se que dan con el producto, doblando así el salario que les pagan.

Por esto he visto yo lecheros con sus botones de brillantes en la pechera de la camisa y repartidores de hielo, vestidos como unos marqueses, paseando en tilburis los domingos por estas calles.

Pero, si bien se considera, todo queda nivelado haciendo este cálculo:

—¿Quién comete estos robos?

—El pueblo.

—¿Quién paga estos robos?

—El pueblo.

Es el flujo y reflujo que equilibra las aguas.

JOHN BULL.

MADRID, 28 DE ABRIL.

¿Cuánto siento, mi querido JUAN PALOMO, que estés tan lejos! yo quisiera que estuvieras aquí, muy cerquita, para hacerle también víctima de las frases que hoy están más de moda en Madrid. —¿Qué hay de nuevo? ¿Qué se sabe de las facciones? De estas dos preguntas no se escapa bicho viviente; y yo me apresuro á dirigirte á tí, para ahorrarme á lo menos el que tú me las dirijas á mí.

La coalición monstruosa, que engendró el encono y que robustecieron las rencillas personales, ha empezado á dar frutos; pero ¡qué frutos! Los carlistas, después de haber entrado en la coalición y de haber sacado un regular contingente, han resuelto retraerse de asistir á las Cámaras, y lo que es peor, acudir al terreno de la fuerza.

Los radicales, es decir, los autores de la coalición andan por todas partes lavándose las manos como Pilatos, y haciendo ahora protestas que valía muchísimo más que las hubieran hecho ántes; sin tener en cuenta que para la mala doctrina, como decían nuestros antiguos sábios, no hay medicina, y que precaverse del peligro es de hombres prudentes, así como buscarle es de ignorantes y mal aconsejados.

El hecho es que el belén está armado, y que hay pocas provincias hoy en España que no estén perturbadas y alteradas, y que las tropas andan de aquí para allí, y que hay partes oficiales y estados de sitios, y muertos, heridos y contusos; y que las protestas de los radicales, á quienes les ha salido el tiro por la culata, se me figuran y recuerdan los lamentos de aquel que se quejaba con frecuencia del dolor de muelas, cuando ya no tenía ninguna y sólo con el objeto de hacer creer que las tenía.

Si me preguntáis, tú y los lectores de JUAN PALOMO, mi opinión sobre este asunto: si queréis que yo os diga lo que pienso respecto á todas estas zaragatas, os diré que, en efecto, parece seria y formal la insurrección carlista, puesto que son muy numerosas las partidas que se han levantado; pero que con todo y con eso, ni el espíritu general del país los consiente, ni al Gobierno le faltan medios para destruirlas aún cuando se aumentaran mucho más. Esto lo saben los mismos jefes carlistas, y si á pesar de saberlo, han llevado á cabo el levantamiento, es porque en ese partido, como en otros muchos, hay *vividores* que medran á costa de los que tienen dinero: esos vividores han llegado á enterarse de que en la actualidad podían hacerse algunos empréstitos y los han hecho; y las partidas se han levantado para acreditar muchísimos más gastos de los que se hagan y ver si de ese modo se pueden redondear algunos pocos de los *manipulantes*, que dirán que han gastado veinte cuando sólo gasten dos. Este es el verdadero secreto de la insurrección carlista.

Esto no deberá extrañaros á vosotros, lectores de JUAN PALOMO, porque es el mismo sistema que se ha seguido en esa para hacer alargar el bandolerismo filibustero. Unos cuantos hambrientos necesitaban comer y medrar á costa de los ilusos, de los fanáticos y de los preocupados; y esos son los que han mantenido vivo el fuego de la insurrección para aprovechar y engordar con sus cenizas.

Estos mismos desgraciados, de los cuales son comisionados especiales hoy en Madrid Canosa, Cándido Rodríguez y Luis Pechimiel, están atizando el fuego de la insurrección carlista para ver si pueden á su sombra medrar y vivir con la insurrección filibustera de Cuba. Al efecto han organizado un centro que llaman masónico, han engañado á un desdichado llamado Lima y han tomado una cosa que llaman "Comité de Salud pública," para formar partidas de voluntarios que salgan á combatir la insurrección carlista; pero verdaderamente para tener un pretexto de perjudicar desde aquí los intereses españoles en esa Isla. Afortunadamente, el Gobierno, en su buen criterio, ha rechazado el lazo y ha mandado vigilar á los pajarracos que habían tejido la red, que por lo grosero de su urdimbre la vió desde luego todo el mundo.

La mayor desgracia de este país es y ha sido siempre los muchísimos hijos ingratos que tiene, que sólo se divierten y entretienen en roer las entrañas de su madre. Hasta que no nos decidamos á destruir de una vez tanta polilla, por más esfuerzos que hagan los hombres de orden y de conciencia, el país continuará de perturbación en perturbación por el camino de su ruina.

Mientras tanto, las Cortes se han abierto con ausencia de los diputados carlistas y se ha votado la mesa interina, ganando la votación el Gobierno. Los republicanos han asistido, y según la actitud que han tomado, parece ser que no quieren que se presuma que por ningún concepto auxilian á los car-

listas en su descabellada intentona. Esto sería lo lógico, lo natural y lo regular.

En la sesión régia, que esta vez ha tenido lugar en el Senado, se leyó el discurso de la Corona, el cual, como todos los discursos de todas las coronas del mundo, ha sido alabado, aplaudido y defendido por los amigos del Gobierno, y rechazado, censurado y criticado por todos los partidos que militan en la oposición; y la verdad es que ni unos ni otros se ha tomado el trabajo de justificar ni los desmedidos aplausos ni las extremadas censuras; lo cual, en último resultado, quiere decir que en las luchas políticas de hoy ninguno se acuerda de las razones.

Pero mientras tanto, y como dijo el otro, que viva la gallina aunque sea con su pepita, que después de todo, y fuera aparte de la friolera del patriotismo, á mí no me imponen gran cosa esos dimes y diretes de los merodeadores de la política, porque yo ni he de comer con unos ni he de comer con otros; ni al fin y al cabo he de pasar ya de un quidam zambo, con espolones y grietas, y con aparato de sabañones, lo cual no es extraño, porque hace ahora en Madrid más frío que hizo en el mes de Enero.

Y esto te lo digo á tí, mi querido JUAN PALOMO, para que me hagas el favor de decirselo de mi parte á tus frísimos lectores, no sea que vaya á haber entre ellos alguno que crea que han variado mi carácter y condiciones, lo cual no es cierto. Yo soy siempre el mismo, y por eso me indentifico con tanto gusto contigo, y puedo seguir con razón parodiando á Quevedo en aquello de:

Si vá á decir la verdad,
de nadie se me dá nada,
que el ánima apicaráda
me ha dado esta libertad.
Desgracia y prosperidad
las recibo de igual suerte;
no voy buscando la muerte,
ni la escusa con horror;
y las cosas del Amor
como me vienen las tomo;
y soy como Juan Palomo,
que yo me lo guiso y yo me lo como.

Y esto no quita que por mi sola cuenta te diga que en el discurso tan aplaudido por una parte y tan combatido por otra, hay párrafos que me gustan y que no tengo dificultad en aceptar como buenos, y en pedir á Dios que sean una verdad ahora y siempre. Eso de que el Gobierno vá á seguir concediendo una atención preferente á los asuntos de nuestras Antillas, y que no vá á descansar hasta que se termine la obra que con tanta abnegación, perseverancia, lealtad y patriotismo ha emprendido el Conde de Valmaséda, lo admito como bueno; pues no lo he de admitir! y todos los españoles leales lo admitirán como bueno y rebuénisimo y alabarán por ello á este Gobierno, y á todos los que vengan y puedan venir, si hacen lo mismo.

Y hasta otro día, que por hoy no quiero ser más largo.

M. HIRALDEZ DE ACOSTA.

ENTRE PAJAROS.

—Pipipi.... pírripipi....

—Muy cantador está usted hoy, vecino.

—¿Qué quiere usted, amigo? á mi chico mayor se le han curado las tercianas y ha salido hoy del nido más alegre que un canario.

—Me alegro mucho, vecino.

—Si viera usted qué mono está! con un piquito precioso y las alitas cubiertas de pluma.

—¿A qué carrera piensa usted dedicar al muchacho?

—A la de presbítero.

—Cuidado, no se le vuelva á usted carlista.

—Se quiere usted callar! Cree usted que entre los pájaros hay cabezas tontas....? Ese que la bueno para los hombres. Si no le gusta la carrera eclesiástica—ya sabe usted que entre nosotros se llaman eclesiásticos á los que van á hacer nido en los campanarios de las iglesias—pues si no le gusta, entónces lo dedicaré á corredor de frutos.

—¡Magnífica idea! tiene usted un pico de plata.

—Es un oficio divertido: el pájaro corredor vá de árbol en árbol picando las frutas para probarlas y después vá avisando á los demás dónde hay género bueno para que acudan á comer.

—¿Y se gana mucho en ese oficio?

—Ya lo creo! Se cobra el ocho por ciento: es decir, por cada cien piquitos que dá uno en la fruta propuesta por el corredor, le ha de dar á este ocho granitos de alpiste, de maíz ó de lo que sea.

—Caspiitititina!

—Está usted ronco, vecino, para cantar?

—Es que reñí anoche con mi suegra.

—Pero, hombre, eso no se acostumbra entre nosotros.

—Eso lo aprendí yo entre los hombres. Ya sabe usted que estuve enjaulado tres años en casa de unas personas muy principales; pues en esa casa recibí una lección diaria de *tiberios*, y se me ha pegado la costumbre.

—Calle usted, vecino, ¿qué es aquel tumulto que se vé por allí arriba?

—Tiene usted razón: allí hay un tumulto de dos mil demonios.

—Están alborotadísimo todos los pájaros.
 —Y se pegan!..... Hombre, ¿habrá elecciones de diputados?
 —¿Quiere usted que vayamos á ver lo que es?
 —Tengo la casa sola, porque mi señora ha ido á buscar unas ramitas que le faltan para el nido.
 —Qué es eso; ya la tiene usted otra vez en estado interesante?
 —Psich.... ¿qué hemos de hacer? á ella le gusta poco andar por los aires, y cuando uno está en casa necesita entretenerse en algo.... ¿comprende usted?
 —Mire usted, mire usted cómo aumenta el escándalo por las alturas.
 —Pues vamos á ver lo que es. Le dejaré el encargo al gorrión de la otra rama, junto á la mía, de que tenga cuidado de la casa. Es muy formal, honrado, buen amigo y valiente; ya vé usted, ¡es gorrión.....!
 —Pues andando se quita el frío. Vuele usted detrás de mí Rrrreeerree.... pititi pititi pititi.
 —Buenos días, caballeros.
 —¿Qué pasa por estas alturas?
 —Que tenemos un intruso, un pájaro desconocido; pero que sube más que todos nosotros.
 —¿Cáscaras!
 —¿Y qué nombre tiene?
 —No lo sabe nadie. Mírelo usted, allí vá, allí vá.....
 —Es redondo!
 —Sí, y amarillo....
 —Y no tiene alas.
 —Y sin embargo, mire usted si sube!
 —¡Fuera el intruso! fuera!
 —Fuera!
 —Pipipipipi....
 —Allá viene uno que ha pasado muy cerca de él y nos dará noticias.
 —Eh, camarada! A usted le digo, al del rabo corto.
 —¿Qué se ofrece?
 —¿Qué nos cuenta usted de ese pájaro nuevo?
 —Oh! es de lo que no se ha visto! ¡qué brillo! ya sé cómo se llama.
 —Dígalo usted, hombre, que nos estamos muriendo de curiosidad.
 —Lleva el nombre impreso en el mismo cuerpo.
 —Casplittina! Pirripí....
 —¿Y cómo se llama?
 —Se llama Félix Utroque.
 —¡Viva don Félix!
 —Viva!
 —Debemos ir á cumplimentarle.... Después de todo, él es un forastero y parece natural que nosotros le obsequiemos.
 —Arriba, muchachos....
 —Eh, don Félix, don Félix....
 —¿Quién me llama?
 —Baje usted, hombre, que no le podemos seguir.
 —No puedo bajar.
 —Ni nosotros subir tanto.
 —Para llegar hasta mí es preciso brincar un trece ó un catorce por ciento más que el que más brinque.
 —¡Cáspita!
 —Calle usted; yo conozco á ese pájaro.
 —Usted, con haber permanecido tres años enjaulado en una casa principal, se figura que ha de conocer á todo el mundo. ¡Vaya unas pretensiones!
 —Pues claro está que en casa de mis amos le he visto! Sólo que allí no volaba....
 —De veras?
 —Allí le querían en extremo, y mi ama y su marido disputaban mucho cada vez que aquella enviaba una remesa de esos pájaros para traer vestidos y flores....
 —¿Qué me cuenta usted?
 —Allí no era pájaro; allí, por el contrario, llamaban pájaros de cuenta á los que en poco tiempo reunían muchos de esos.... Sí, señor; no me equivoco: eso es una onza de oro.
 —¡Huy! ¡huy! ¡huy! ¡una onza de oro! qué ririririca!
 —Oiga usted, señora; cómo tan alta?
 —No lo sé; de tanto que me quieren los hombres me hacen subir de este modo.
 —Cuando le digo á usted que los hombres nos van á matar á disgustos!....
 —¡Pero, señora, que se vá usted á perder de vista!
 —Me parece que sí.
 —Baje usted por Dios!
 —Nequaquam, nequaquam; le tengo miedo á los agiologistas.
 —Pues, abur; y la del humo!
 —Quién había de decir que las onzas llegaban á tener alas para subir tanto!
 Una cal. mi.—Pirripipi.
 Don Félix Utroque se muere por mí.

JUAN DE AUSTRIA.

DE NOCHE Y DE PUERTAS ADENTRO.

ESCENAS DOMESTICAS.

La tarea de poner ó de hacer las camas trae consigo en más de una casa una completa revolucion, como sucede cuando una criada medio dormida con un catre á cuestas lo deja caer, armando una batahola de dos mil demonios.

Grita entónces la señora, corren los muchachos, el perro ladra, el gato salta espeluznado, creyendo que se trata de apalearlo, y miéntras tanto Quillita, la niña de la casa, que está siempre en la ventana á caza de gangas por el estilo, aprovecha la confusion para cambiar con su novio de contrabando algunas frases amorosas y hasta alguna caricia volatona.

Cuesta tambien Dios y ayuda acostar en ciertas casas á los muchachos, que se resisten á ir á la cama y prefieren dar cabezadas en una silla.

Como los chicos siempre molestan, sobre todo á esas horas en que suele haber visitas, la hermana mayor toma la demanda y trata de hacer ir á la cama á sus hermanitos, dos pimpollos regordetes y muy mal criados, que dormitan cada cual en una butaca que han tomado por asalto.

—A ver si se acuestan estos Judas, mamá; dice la consabida hermana.

—No me dá la gana, nariz de chayote; grita uno de ellos abriendo los ojos y calificando así á su hermana, que en efecto, tiene la parte más prominente de su cara un si es ó no es inflamada y crecida más de lo regular.

—Anda, mata-perro, pilló de playa, replica la muchacha con grande enojo, poniéndose en dimes y diretes con la alhaja de su hermanito.

La madre permanece impávida y lo más que hace es repetir á sus hijos la indicacion de que vayan á costarse; pero los chicos, sin darse por entendidos, no se mueven de las butacas.

En esto llegan á la casa unas vecinitas, y entónces la muchacha se dirige á sus hermanos; sacúdelos para que abandonen el puesto, y hasta se atreve á agarrar al que tiene más próximo por una oreja, alzándolo en peso. Chilla el muchacho espantosamente y embiste á la hermana con furia. El otro, no ménos atrevido, acude á secundar á su ultrajado hermano, y entre los dos ponen hecha un estropajo á la pobre nariz de chayote. Conflicto general que termina con la presencia del padre.

En otra casa la escena cambia de aspecto. Uno de los chicos, al ir á acostarse, hunde con su peso el usado forro del catre, que se rasga de arriba abajo, quedando el misero acostado en el suelo; armándose con esto un alboroto de mil diablos.

—Acuéstate con tu hermano, dice la madre desde su cuarto al que ha llevado el costalazo.

—Nada de eso, replica el otro arrebuñándose en su sábana; yo no duermo con ningun pagote.

El aludido sale de debajo del catre roto, y abalanzándose á su hermano, le sacude tres ó cuatro moquetazos que lo hacen incorporar y responder á la agresion con iguales demostraciones. Llegó la gorda! Los dos chiquillos ruedan por el suelo en revuelta lucha; la madre se presenta en trajes menores y á duras penas logra poner paz entre los contendientes, no sin regalarle un par de docenas de pelizcos.

Però falta lo más difícil, que es coser el forro rasgado, y la madre llama á su hija mayor, que se encuentra ya metida en cama, y por cierto escribiéndole al novio sobre la almohada, escritorio habitual de algunas muchachas que tienen amorcitos ocultos.

—Levántate, Anacleta, y ven á ayudarme á coserle el catre á este picaro.

—Pero, mamá, dile á Bernardino que se acueste con Nicasio.

—No quiero, responde Nicasio, que está echando chispas á causa de la refriega.

Después de un largo debate, Anacleta vése precisada á levantarse y á interrumpir su carta.

—Yase vé, dice presentándose provista de hilo, aguja y dedal, ¿cómo ha de haber forro que resista á este gordiflon?

El aludido bufó de coraje.

El apagar la vela suele ser tambien motivo en otra casa para que se arme confusa gresca, como puede verse por la escena siguiente:

—Lorenzo, apaga la vela, que hay muchos mosquitos; dice Sinfioriano echándose la sábana por la cabeza, para burlar las embestidas de los músicos de oreja.

—Aguárdate, que estoy leyendo el Quijote, y todavía es muy temprano, contesta Lorenzo, riendo á más no poder con la escena aquella de la venta, en que el ventero pega al héroe manchego con el candil en la cabeza.

Sinfioriano, al que no le gusta leer ni concibe que haya lectura que divierta, empieza á amostazarse, creyendo que su hermano se está burlando de verlo con la cabeza cubierta por la sábana.

—Apaga la vela, repite Sinfioriano, que no puedo dormir.

Lorenzo que continúa engolfado en su lectura, contesta con una carejada.

Sinfioriano, más enfurecido que nunca, ignorando que quien hace reír á su hermano no es él, sino Cervantes, se sienta en

la cama, arroja á un lado la sábana, y apuntando con un zapato zancanelero que se halla sobre una silla, acóstate un zapatazo y lo derriba, apagando la luz.

Lorenzo, enfadado con la sorpresa, dispárale á su vez á Sinfioriano el tomo que tiene en la mano y acierta á darle en la nariz, magullándosela.

Arrojase éste del lecho, corre hacia el del hermano, encuéntranse ambos combatientes, y allí, en medio de la oscuridad, traban la mas descomunal pelea que se haya visto nunca entre hermanos.

Intervienen los padres, como es natural, y así termina aquella nocturna escena, para renovarse quizás á la siguiente noche, en que volverá Lorenzo á leer el Quijote, y Sinfioriano á desesperarse con la vela encendida, que atraiga á su alrededor un ejército de mosquitos.

JUAN TENAZAS.

SARTENAZOS.

Van llegando detalles curiosísimos de la entrada de don Carlos en España.

De la salida aún no se ha dado ningun detalle, y es lástima, porque interesa más que la entrada.

D. Carlos se presentó en la frontera montado en un brioso corcel negro, de pura raza árabe.

Al pisar el territorio español, dijo el caballo:

—Jamalajá, que es el saludo que se estilaba entre los secuaces del Profeta, y el ginete no dijo nada. Y eso que todo el camino, desde Ginebra, había estado aprendiendo un discurso que le escribió Manterola.

Pero no pudo romper. De la oratoria quedó encargado en aquel momento el árabe corcel.

El Monarca de bisutería iba vestido con un pantalon de paisano, zamarra, boina blanca y sable con tirantes.

Ni encargándoselo á Landaluza hace un rey, más propio para el caso.

Al ver su apuesto continente... (y contenido, supongo) las gentes se admiraron y prorumpieron en vivas á Carlos VII y otras barbaridades.

En medio del entusiasmo, hubo una voz que gritó:

—El rey en puerta!

Y el eco repuso:

—Creo que es sota y no rey.

Desde el número de hoy se honra JUAN PALOMO con un nuevo colaborador.

La firma de Juan Tenazas, que verán ustedes en otro lugar, se estréna hoy y tengo el gusto de presentar al respetable público al nuevo Juan, con la más cabal salud que yo para mí deseo.

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

El temor á Dios es la base de la sabiduría.

Acertado está por B. D.; Francisco Querol de Rios (Matanzas); Francisco de P. Roca; Concha de la Mar (jah, vante! no me llame V. gason, por los clavos de Cristo!); Manuel Marquet (Matanzas); Payol el de Marras; Alfredo Vera; R. Obanos, X. Caraza, Juan Rebus, Pepe Perez Largo (Matanzas), Juanillo Garzaña, Daniel Pereira (Pinar del Rio), Juan Omay, Un español neto, Juan el Perdio, Juan Barrigon y Juan Tortola.

Dice un periódico formal:

“Como habíamos previsto, la entrada de don Carlos en un embarazo....”

¡Cáspita, quién lo había de decir!

Eso tiene que ser algun desquido.

Esperaremos el tiempo de costumbre, y luego habiaremos.

SOLUCION AL LOLOGRIFO DEL NUMERO ANTERIOR.

Hallo en tus seis letras *rom*, que es lo que debo tener con las personas decentes para conducirme bien: *rom* de la Providencia dice el cristiano que es *mero* es pescado sabroso, y á mí el *rom* háceme arder: *mero* es para tí el ministro que nada pides te de más un *romo* que verdades quiere el barquero tener: huele á muerto *rom*, y corre alguno cuando hay belem; y hay además, según veo, cinco veces en francés, que son: *rome, roma, roma, rom, roma*, tales como tú las ves *Cromo* en cualquier botica hallolo, y me alegraré, si necesitas tocarlo, de que te sienta muy bien. ¿Acerté tú logogrifo? Presumo que sí.

B. D.

Y de tras de la anterior solución hemos recibido las de los Sres. D. Francisco de P. Roca, D. Manuel Marquet (Matanzas), Juan Rebus y no hay más.

Esto de los logogrifos parece que es un poco difícil.

